

SONETOS

Lleno el pecho de orgullo y ufanía
 Mis gloriosas hazañas contemplaba,
 Cicatrices aún frescas ostentaba,
 Y soberbios despojos oprimía.

Las lides do me hallara recorria,
 Los que venció mi brazo numeraba,
 Mi acero vencedor me recreaba,
 Y con loca arrogancia así decía:

¿Quién podrá, más que yo, que he combatido
 Con tan fieras naciones?... Duro acero
 Es ya mi corazon, nunca rendido.

Oyólo Amor, el rostro placentero
 De Lesbia me mostró, quedé vencido,
 Y lloro esclavo, y á sus plantas muero.

Oh amiga noche, oh noche deliciosa,
 Dulce madre del sueño regalado:
 Tu manto de diamantes tachonado
 Descoge por el aura vagarosa.

Esparce tu cabello silenciosa
 De beleño balsámico empapado,
 Y descienda Titón al mar sagrado,
 Que su fulgente luz me es enojosa.

Su lumbre anhele con cansado empeño
 El que la vida de los vientos fia,
 O el que sigue de Marte el torvo ceño:

Que á mí no puede serme grato el día,
 Pues sólo de las gracias de mi dueño
 Gozo á favor de tu tiniebla fria.



EL PASO HONROSO

POEMA

CANTO PRIMERO

Canto el amor, la noble gentileza
 Del valiente y gallardo caballero,
 Que cautivo se vió de una belleza
 Armada siempre de rigor severo:
 Y que para rendir tanta esquivaza,
 Dando muestra de amante y de guerrero,
 En Orbigo triunfando, eterna fama
 Logró y el premio de su honesta llama.

II

Dios de Amatunte, númen poderoso,
 Que en la diestra enojada del tonante
 Logras helar el rayo rigoroso,
 Que dió castigo á Encélado arrogante:
 Pues inspiraste el hecho valeroso
 Que hoy el destino quiere que yo cante,
 Mi pecho inflama, dame aliento y brio,
 Y al tiempo venza el rudo canto mio.

III

Y tú, divina Lésbia, á quien adora
 Mi ardiente pecho, que por tí suspira,
 Concédeme tu gracia encantadora,
 Y oye mi acento que á agradarte aspira.

Da tu auxilio á mi voz, hazla sonora,
 Templa las cuerdas de mi ebúrnea lira,
 Y el triunfo y las hazañas de un amante
 Hoy me permite que en tu obsequio cante.

IV

El rey don Juan segundo de Castilla
 En Medina del Campo, en su palacio,
 Y en un salon en donde el arte brilla
 Y adorna en torno su anchuroso espacio,
 Bajo rico dosel, en régia silla
 De púrpura y marfil, de oro y topacio,
 Acompañado de su corte estaba,
 Y una lucida fiesta celebraba.

V

De una señaladísima victoria
 Que contra los pendones africanos,
 Cobrando nombre eterno y alta gloria,
 Ganaron los valientes castellanos,
 Celebrábase acaso la memoria
 Por el rey, por el pueblo y cortesanos:
 Y en el salon con gala y alegría,
 Música y danza y gran concurso habia.

VI

Cuando el són de una ronca trompa oyeron,
Y en pos de cuatro heraldos en la sala
Diez armados guerreros entrar vieron,
Que Marte en majestad no les iguala.
Los instrumentos luégo enmudecieron
Al ver lorigas en lugar de gala,
Y el rey atento y todos admirados
Fijan los ojos en los diez armados.

VII

Uno de ellos, que el jefe parecia
Y de los otros nueve iba delante,
A todos excediendo en gallardía,
Aún más resplandeciente que el diamante,
Una argolla de hierro descubria,
Que enlazaba su cuello, y con talante
Gentil alzó del yelmo la visera,
Y al concurso mostró la faz guerrera.

VIII

Dejóse ver don Suero de Quiñones,
Valiente, afable, ilustre caballero,
Conocido por ínclitas acciones,
Y por ser en las lides el primero;
De esclarecidos timbres y blasones,
Tan tierno amante como buen guerrero,
Y en su gallardo aspecto y compostura
Pareció más que humana su figura.

IX

Cinco lustros apenas contaria
El juvenil guerrero ya famoso,
Y en su lozana faz resplandecia
Ansia de gloria, espíritu hazañoso.
Ostentando su noble bizarría,
En medio del concurso numeroso,
Mirando al rey que lo escuchaba atento,
Así le habló con mesurado acento.

X

«Monarca de Leon y de Castilla,
Egregio rey, esclarecido Marte,
A cuyo nombre pálido se humilla
El que ostenta la luna en su estandarte,
Y dobla el orbe todo la rodilla,
Sin atreverse á más que á respetarte:
Dígnate de escuchar mi suerte triste,
Y de hacerme feliz, que en tí consiste.

XI

»Cual es en todo el mundo voz y fama
Tengo, señor, rendido el pecho mio
A una soberbia desdeñosa dama,
Que paga mis amores con desvío:
Mi corazon con su desden se inflama,
Está á sus piés humilde mi albedrío;
Y mientras más ingrata y más esquivia,
Más y más me encadena y me cautiva.

XII

»Por servirla, en la guerra de Granada,
Como sabeis, señor, lidié desnudo
El brazo diestro, que la noble espada
Manejar de este modo mejor pudo:
Allí en obsequio de mi ingrata amada
Hendí el turbante y destrocé el escudo
De Aljarfe Abhen-Habuz, y allí mi lanza
Humilló su denuedo y su pujanza.

XIII

»Ni esta hazaña, gran rey, ni otras acciones
Que en honra suya y gloria del Estado
Ejecuté, siguiendo tus pendones
Con duro pecho y brazo no cansado,
Ni mi constante amor ni mis razones
Trastornar pueden mi siniestro hado;
Pues mi bella enemiga tiene el pecho
De helada nieve y duro mármol hecho.

XIV

»Viendo mi esfuerzo y mi constancia vana,
Me declaré de su beldad cautivo,
Y ella más insensible, más tirana,
Aumentó su rigor y ceño esquivo;
Y como mi absoluta soberana
Con esta argolla en ademan altivo
Ciñó mi cuello, y me mandó que fuese
Su esclavo, y como tal que la sirviese.

XV

»Cuatro veces despues la selva umbrosa
Se vió de flores y verdor cubierta,
Y otras tantas la escarcha rigorosa
Mustio el prado dejó, la fuente yerta;
Y siempre hallé á mi dama desdeñosa,
Firme mi amor y mi esperanza muerta;
Y al verme de este modo aprisionado,
Mi libertad por fin he concertado.

XVI

»Hoy mi señora exige nuevamente
Por rescate del hierro que me enlaza,
Y por lograr su amor, si es que inclemente
El destino mi dicha no embaraza,
Que mis hazañas y mi fama aumente,
A su vista rompiendo en ancha plaza,
Por espacio de treinta dias enteros,
Lanzas con los más bravos caballeros.

XVII

»Razon es, oh monarca esclarecido,
Que el cautivo concierte su rescate,
Y que el amante que tan firme ha sido,
De coronar sus pensamientos trate.
Para justar vuestro permiso pido,
Y que campo me deis para el combate,
Que yo con estos nueve hidalgos quiero
La liza mantener el mes entero.

XVIII

»Ellos tambien igual licencia piden;
Todos son mis amigos y parientes;
Sólo para ayudarme aquí residen
Con duros brazos y ánimos valientes;
Con su honra siempre las empresas miden;
Darán asombro á las extrañas gentes,
Y gloria á vos, señor, que estos vasallos
Sólo vos digno sois de gobernallos.»

XIX

Dijo, y todo el concurso fija atento
En él los ojos, y cual sorda suena
Al blando soplo de apacible viento
La verde pompa de la selva amena,
Se oye rumor confuso en un momento,
Que del estrado en derredor resuena,
Por la soberbia y rica cuadra cunde,
Y al arteson dorado se difunde.

XX

El excelso monarca aficionado
A tanto amor y tanta gallardía,
Quedó un rato suspenso y admirado
Dudando si el permiso le daría;
Y consultando el caso no esperado
Con los hombres de cuenta que allí habia,
Con don Alvar de Luna y don Manrique,
Y con el almirante don Fadrique;

TOMO I

XXI

Dió afable su réal consentimiento
A aquellos esforzados campeones,
Y desde su dosel y régio asiento
Contestó de este modo á sus razones:
«Digno de un pecho noble es vuestro intento,
Valeroso don Suero de Quiñones,
Yo os permito justar en mis estados
Con vuestros nueve deudos esforzados.

XXII

»Príncipes convidad y caballeros,
Campo elegid y publicad carteles,
Y vengan españoles y extranjeros
A aumentar vuestros triunfos y laureles.
Poned las condiciones y los fueros,
Nombrad á la estacada jueces fieles,
Y vuestro amor á un tiempo y el rescate
Lograd, pues son los premios del combate.»

XXIII

Entonce el caballero agradecido
Acata al rey con humildosa muestra,
Y dice: «Oh gran monarca esclarecido,
Si tanto os interesa la honra nuestra,
Sólo una nueva gracia humilde os pido,
Y es que vos presidais en la palestra;
Pues estando, señor, á vuestra vista
No habrá poder que al nuestro se resista.

XXIV

»El campo elijo cerca de la puente
Que de Orbigo da paso al claro río,
Entre Astorga y Leon; allí valiente
Reto á todos y aplazo el desafío,
Por ser el paso de la extraña gente
Que viene á vuestro reino y señorío
A visitar al gran patron de España,
En cuyo nombre emprenderé mi hazaña.

XXV

»Sólo pongo, señor, por condiciones,
Que todos los valientes caballeros
Que á libertarme vengan de prisiones,
Y á demostrar sus ánimos guerreros,
Tres lanzas romperán, sin más acciones,
Conmigo ó con mis bravos compañeros;
Teniendo que salir de la estacada
A la tercera lanza quebrantada.

XXVI

»Si hay alguna que cause grave herida,
O en tierra caballero derribare,
Dejará la carrera por cumplida,
Sin que nadie otra cosa demandare.
El que pierda caballo en la corrida,
O alguna pieza del arnés quebrare,
Caballos hallará por mí aprestados,
Y completos arneses acerados.

XXVII

»Si por la puente dó la justa nuestra
Se mantiene pasare alguna dama,
Y no lleva quien salga á la palestra
A combatir por ella y por su fama;
El blanco guante de la mano diestra
Dejará en mi poder, si es que no inflama
A algun guerrero que presente fuere,
Y por ella y el guante combatiere.

XXVIII

»Para jueces del campo aquí nombrados
Dejo á Pedro de Barba y Gomez Arias,
Ambos por altos hechos afamados,
Y conocidos por acciones varias:
En prudencia y saber son consumados
Y hechos á decidir armas contrarias:
Por lo tanto, á su fallo ha de ajustarse
El que quiera en la tela señalarse.

XXIX

»Quince soles sin falta ántes del día
Del gran patron y apóstol de la España,
Y otros quince despues, mi compañía
Mantendrá con sus armas la campaña.
Y agora, alto señor, la intencion mia
Y la convocatoria de esta hazaña
Publicaré por las naciones fieles,
Llevando estos heraldos mis carteles.»

XXX

Aprobó el rey don Juan las condiciones,
Y luégo los clarines resonaron,
Y los diez famosísimos varones
Al monarca la mano le besaron.
Los instrumentos con alegres sonos
El hazafioso intento celebraron,
Y con los reyes de armas que trajeron
Don Suero y sus valientes se volvieron.

XXXI

Siguió el sarao, la danza y alegría,
Y aquel grave concurso alborozado
Ansiando llegue de la justa el día,
Por ver triunfar al noble enamorado.
Todos aplauden su alta bizarría,
Y no hubo dama alguna en el estrado
Que á doña Luz la esquiva no envidiase
La suerte de que Suero la obsequiase.

XXXII

Unas alaban el amor constante
Del firme y valeroso caballero,
Otras mil le quisieran por amante,
Y todas hablan sólo de don Suero:
Cuál rendida celebra su semblante,
Cuál su valor y su ánimo guerrero,
Y no hay quien por feliz y venturosa
No tenga á doña Luz la desdeñosa.

XXXIII

Por una gran llanura dilatada
Que la famosa Astorga señorea,
Y con verdosa grama entapizada,
Y con pomposas hayas se hermosea;
De Orbigo la corriente sosegada
Entre flores y sauces serpentea,
Cubierta de frondosos matorrales,
Espadañas y espesos carrizales.

XXXIV

Entre Astorga y Leon una anchurosa
Y antigua puente oprime las arenas,
Divide la corriente sonora,
Y enlaza las dos márgenes amenas.
Y á su lado una selva deliciosa
Do los rayos del sol entran apénas,
Alza pomposa la gallarda frente,
Que agita grave el apacible ambiente.

XXXV

De las ninfas bellísimas del rio
Es grato albergue, y plácido recreo
Do los pastores en el seco estío
Huyen los rayos del ardor Febéo;
Y aún penden de algun tronco alto y sombrío
Rotas armas en forma de trofeo
De pasados encuentros, y olvidados
Yacen viejos arneses destrozados.

XXXVI

En esta selva y sitio delicioso
El esforzado Suero de Quiñones,
Elige campo para el paso honroso
Con sus nueve esforzados campeones.
Y manda levantar un suntuoso
Palenque, con tablados y balcones
Para teatro de la accion valiente
Y para asiento á la curiosa gente.

XXXVII

Cubierto el bosque está y el campo lleno
De afanadora gente: quién trabaja
En nivelar el desigual terreno,
Quién el circo anchuroso en torno ataja,
Quién de troncos despoja el soto ameno,
Quién los pilares con primor encaja,
Quién con vistosas telas y follajes
Adorna los soberbios balconajes.

XXXVIII

El són del hacha, el golpe del martillo,
El tráfago, el bullicio y el estruendo
Ahuyentan de la selva al pajarillo,
Aquella soledad poblada viendo:
Y los faunos y ninfas al oïllo
Ver profanada su mansion temiendo,
Aquellos en las grutas se ocultaron,
Y estas en los cristales se lanzaron.

XXXIX

Miéntras todo se apresta y se compone,
Publican por los reinos extranjeros
Los heraldos las fiestas que dispone
Quiñones con sus bravos caballeros.
No hay pueblo donde ya no se pregone
El cartel de la justa, y los guerreros
De todas las naciones se apresuran,
Y probarse en la lid todos procuran.

XL

¡Cuánta gala, riqueza y ataujía,
Cuántos caballos, tarjas y armaduras,
Cuánta empresa, penacho y armería,
Cuántos arneses, telas, bordaduras,
Cuánto jaez de seda y pedrería,
Cuántos motes, esmaltes y pinturas
En todas las naciones dispusieron
Así que los carteles recibieron!

XLI

No para los olímpicos famosos
Donde Neron mostró su vil destreza,
Ni para los circenses suntuosos
En que ostentaba Roma su grandeza,
Ni en los juegos de armas que hazafiosos
Por lucir su denuedo y gentileza
Carlomagno y los suyos celebraron,
Tanta riqueza y gala se juntaron.

XLII

Ya la dulce risueña primavera
Daba lugar al caluroso estío,
Tostada se mostraba la pradera
Y más escaso de caudal el rio:
La fiesta se acercaba, y placentera
La gente á presenciar el desafío
En número infinito concurría,
Ansiando ver el señalado día.

XLIII

El soberbio palenque descollaba
De Orbigo dominando la ancha puente,
Y una gran plaza en torno rodeaba
Con gradas en el órden competente.
Cuatro grandes balcones levantaba
Al Norte, al Sur, á Oriente y á Occidente,
Con barandas, alfombras y flornes,
Y de ormesí bordados pabellones.

XLIV

Ya el campo estaba lleno de alegría,
De pajes, de caballos, de escuderos,
De damas bellas como el claro día,
De príncipes y armados caballeros.
El plazo de la justa se cumplía,
Y ya aprestan la malla y los aceros
Los nueve con el ínclito Quiñones,
Ensayando los lances y ocasiones.

XLV

A la primera luz del sol siguiente
Todo dispuesto y preparado estaba,
Y don Suero en su dama tiernamente
Con amoroso afan siempre pensaba:
Y léjos del bullicio impertinente
Su desden y dureza lamentaba,
Vagando solo por el bosque umbrío
Sobre la orilla del sereno rio.

XLVI

Era la estiva y perezosa siesta,
Y del fulgente sol los resplandores
Marchitada dejaban y traspuesta
La lozana belleza de las flores;
Y sólo respetaban la floresta
Donde Suero pensaba en sus amores,
Donde de sus ensayos descansaba,
Y á la siguiente lucha se aprestaba.

XLVII

De un álamo á la sombra deliciosa,
Sobre las flores y la fresca grama,
Oyendo la corriente sonora
Que entre flexibles juncias se derrama,
Anhelando empezar su justa honrosa
Para ablandar su endurecida dama,
Estaba el gran don Suero reclinado,
De varios pensamientos contrastado.

XLVIII

El murmullo del agua fugitiva,
El dulce són de las pintadas aves,
La hora de siesta, la calor estiva,
Y la fragancia de las flores suaves,
Y el gran cansancio de la pena esquiva,
Y el duro peso de las armas graves,
Dieron al caballero breve sueño,
Guardado por el céfiro halagüeño.

XLIX

Y á la par que el reposo regalado
Por sus gallardos miembros se extendía,
Suspensos los sentidos, sin cuidado
Volaba su fogosa fantasía:
É imaginó escuchar un acordado
Són, que en torno con célica armonía
Del silencioso bosque resonaba,
Y algun grave portentoso presagiaba.

L

Creyó ver lentamente suspenderse
De Orbigo la corriente sosegada,
Con nueva luz el aire enrojarse,
Aclararse la selva enmarañada,
Los juncos y espadañas conmovirse,
Cobrar vida la orilla engalanada,
Y entre la juncia el agua cristalina
Levantarse con forma peregrina.

LI

Poco á poco los plácidos raudales
Se alzaban en columnas transparentes,
Sobre argentados ricos pedestales
Adornados de conchas diferentes.
Subiendo por el aire los cristales
Eran ya capiteles refulgentes,
Y sobre las columnas con presura
Se tornan en soberbia arquitectura.

LII

Una cúpula excelsa y atrevida
Forman ciñendo el anchuroso espacio,
De hielos y mariscos guarnecida,
Y cerrando un riquísimo palacio:
Cornisas y arquitrabes de bruñida
Plata con los florones de topacio
Ostenta, y guarnecidos de corales
Los atrevidos arcos laterales.

LIII

Las puertas de marfil son fabricadas
Con estrellas de acero y con follajes,
Sobre robustos pernos sustentadas,
Y adornadas de perlas y balajes;
De refulgentes bronce trabajadas
Las verjas y volados barandajes,
Y de limpia esmeralda el pavimento
Que sirve á la gran máquina de asiento.

LIV

Admira tan grandiosa arquitectura
Don Suero, y tanto brillo y régio adorno,
Cuando temblando el soto y la llanura
Brilla con nueva luz aquel contorno:
De música celeste la dulzura
Se aumenta, y más distinta suena en torno,
Y de ninfas un coro se aparece
Y á sus plantas el suelo reflorece.

LV

Cintas de perlas, áureos ceñidores
Los juveniles pechos enlazaban,
Frescas guirnalda de fragantes flores
Las frentes placenteras coronaban:
Y de las bellas formas los primores
Túnicas sutilísimas guardaban,
Dejando el albo pié desenlazado
Para triscar por el verdoso prado.

LVI

Cantan mil himnos, tocan instrumentos,
Y gallardas bellísimas y esquivas,
Ligeras más que los delgados vientos,
Danzan y juegan ledas y festivas.
Esparce sus dulcísimos acentos
El ala de las auras fugitivas,
A cuyo són asida de las manos
Aparece una turba de Silvanos.

LVII

Formaron con las ninfas grato coro,
Y bailes y dulcísima armonía,
Y alternan voces con cantar sonoro
De métrica cadencia y melodía:
Cuando un Triton con las escamas de oro
En el atrio del templo aparecía,
Y dando aliento al caracol torcido
Los vientos atronó con su sonido.

LVIII

Al bronco són los coros enmudecen,
Y las ebúrneas relumbrantes puertas
Sobre los recios goznes se estremecen,
Y con ronco estridor quedan abiertas:
Del templo las estancias resplandecen
De piedras preciosísimas cubiertas,
Y en medio un alto trono se levanta
Do el arte á la materia se adelanta.

LIX

En dos fulgentes urnas reclinada
Del rio la deidad majestuosa
Se muestra en él de juncias coronada,
Con apacible faz respetuosa:
En la siniestra mano recostada,
Gira en torno la vista poderosa,
Y al ver el coro á su señor presente
Las rodillas inclinan y la frente.

LX

Un rato, del cabello luengo y cano
Y de la blanca barba sacudiendo
Menudas perlas con la diestra mano,
Estuvo los perfumes recibiendo:
Y diligente un rústico Silvano
Una alfombra riquísima tendiendo,
Bajó por ella el sacro Dios y dijo
Al coro que le adora inmoble y fijo:

LXI

«De este bosque sagrado y escondido
Y de mi rica orilla habitadores,
El convocaros á mi corte ha sido
Para calmar los sustos y temores
Que en vuestros sacros pechos han nacido
Al mirar esos troncos vividores,
Con quien en vano el viento combatía,
Humillar su pomposa lozanía.

LXII

»No juzgueis que sacrilegos mortales
Pretenden profanar vuestra morada,
Ni perturbar mis plácidos cristales,
Ni oprimir mi corriente sosegada:
Descansad pues, oh séres inmortales,
Nunca mi gloria ví más afianzada,
Y esas gentes que veis, á darnos nombre
Vienen, y fama que á Saturno asombre.

LXIII

»Mañana apenas el risueño Oriente
Con rosado matiz anuncie el día,
Admirareis un jóven eminente
Singular en amor y en valentía:
Treinta veces del sol el carro ardiente
Alumbrará su noble bizarría,
Y lo verá por fin triunfar dichoso
De un guerrero atrevido y orgulloso.

LXIV

»La resonante trompa de la fama
Su nombre librá de torpe olvido,
Después que rinda á la severa dama
A cuyos piés há tiempo está rendido:
Ella su pecho y corazón inflama,
Y por ella esta hazaña ha discurrido...
La rendirá, y en premio de su brio
Será su esposo y cesará el desvío.

LXV

»De esta preciosa union, lustre de España,
Saldrá una descendencia esclarecida,
Terror del Agareno en la campaña
Y de Marte y de Témis protegida:
En cuanto el sol alumbrará y el mar bañará
Respetada será, será temida;
Que á manejar la pluma y noble espada
La tienen ya los hados destinada.